

Leer a Hannah Arendt (1906-1975), sobre todo si uno viene de cubrir una campaña electoral de 2019, provoca el mismo efecto que subir en ascensor ultrarrápido desde un sótano enrarecido hasta la azotea de un rascacielos. Pero ese efecto no solo lo produce la gigantesca estatura intelectual de la pensadora judía, sino igualmente su coraje temerario a la hora de defender posiciones que ella creía verdaderas al margen de las desagradables consecuencias que su claridad le acarrearía. Estos dos volúmenes que recogen su obra ensayística inédita en forma de libro —desde artículos y conferencias hasta entrevistas— no en vano se titulan *Pensar sin asideros*. Arendt llevó la disposición insobornable del filósofo liberal al extremo de su compromiso, y ya se sabe que el precio de la independencia a menudo es la soledad. Despreciaba la tradición de la metafísica occidental —en eso era marxista— no por soberbia, sino porque se sabía que su tiempo, el terrible siglo XX, había liquidado las categorías de lo concebible. Tocaba levantar un nuevo corpus filosófico para comprender al hombre. Al hombre capaz de diseñar el Holocausto o el Gulag.

Desde Sócrates llamamos pensamiento al diálogo interior, de cuyas tesis y antítesis surge la idea original, matizada, comprensiva. Estos libros están tan atiborrados de ellas que proporcionan un festín para la inteligencia. La mente de Arendt funcionaba bajo un estricto procedimiento dialéctico, lo que le evitaba avanzar sobre las huellas equívocas del prejuicio. Pero Arendt fue sobre todo una pensadora política: por estas páginas desfilan análisis hondos de acontecimientos tan noticiosos como

Pensar sin asideros

Ensayos de comprensión 1953-1975

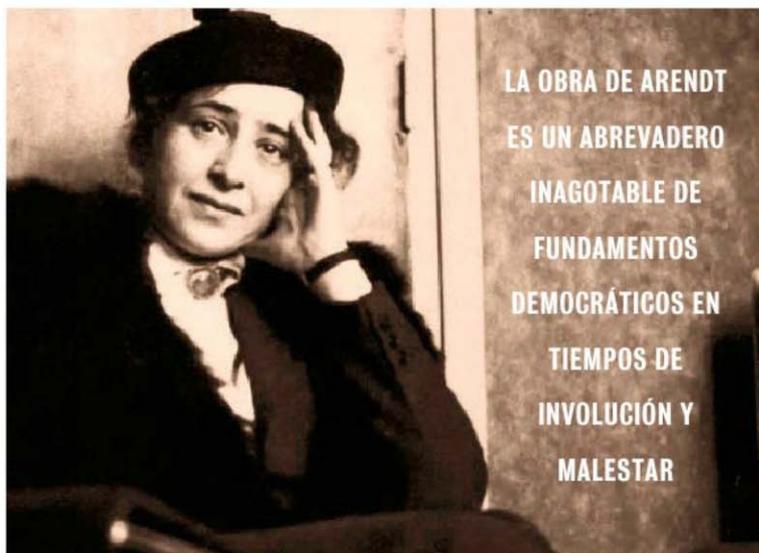
HANNAH ARENDT. Traducción de Roberto Ramos. Páginas indómitas
Madrid, 2019. Vol. I: 449 pp., 28,50 €. Vol. II: 352 pp. 26 €

la revolución húngara contra Moscú o el debate entre Nixon y Kennedy, cuya grandeza de genuino *primus inter pares* detectó enseguida. Muchos de estos textos están fechados en la década de los 60, y leyéndolos uno tiene la sensación de que mientras Dylan cantaba ahí afuera, Arendt destilaba el sentido de la revolución contracultural en marcha.

Porque la revolución fue uno de sus grandes temas. Entendió que Marx había cambiado la historia al situar la dependencia del trabajo y la necesidad de la praxis en el centro de la reflexión filosófica. El marxismo equivocó la profecía del colapso capitalista, pero acertaba al señalar la servidumbre productiva como la amenaza antropológica que hoy vemos cumplida en la triste paradoja del alto ejecutivo que trabaja como un esclavo. Arendt vuelve siempre a Grecia y Roma en busca de inspiración, y recuerda que el estatus de ciudadanía en la *polis* lo concedía la entrega al ocio y a la acción pública, pues la libertad de los atenienses era un concepto político. Aquella democracia *sui generis* se sostenía sobre la esclavitud de quienes no eran ciudadanos, pero su ideal cí-

vico es reivindicado por Arendt: “La capacidad de actuar y hablar nos convierte en seres políticos”. Es decir, en seres destinados a la construcción de la libertad. Fueron los padres fundadores de la democracia americana quienes lograron materializar aquel ideal en los tiempos modernos frente al fracaso de los revoluciona-

actividad muscular del hombre sino la intelectual, lo que conlleva una pérdida de dignidad identitaria que hoy vemos expresada en el voto populista. Defendió el pluralismo de partidos y la cesión de soberanía frente a la trampa del nacionalismo, que permite mantenerse a tiranos como Stalin con tal de atizar el orgullo xenófobo del pueblo. Enemiga del peso de la tradición tanto como de la promesa del hombre nuevo, no hizo de ella ni una reaccionaria ni una revolucionaria, de modo que se granjeó los odios de tradicionalistas y marxistas. Y fue la mejor intérprete del fenómeno to-



rios franceses, que triunfaron en la fase negativa de la insurrección —destrucción del orden existente— pero no en la positiva, que precisa la creación de instituciones duraderas que eviten que la revolución devore a sus hijos a través del terror.

La curiosidad y perspicacia de nuestra autora no conoce límites. Anticipa el problema de la inteligencia artificial, cuando la máquina ya no suplanta solo la

talitario, cuyo mecanismo de terror describió como nadie. “Un funcionario, cuando no es nada más que eso, es en verdad un individuo muy peligroso”, dice sobre Eichmann.

La contemporaneidad radical de Arendt convierte su obra en el fruto admirable de la libertad y en un abrevadero inagotable de fundamentos democráticos en tiempos de involución y malestar. **JORGE BUSTOS**